

LA PSICOLOGÍA AMBIENTAL Y LOS "OTROS QUE NOS RODEAN"

Luz María Crystell Rosas Cruz



Resumen

Ante la pérdida de biodiversidad en el planeta, la psicología ambiental busca comprender la relación que las personas establecen con los demás seres vivos. Estas interacciones están influidas por emociones, creencias, conocimientos, normas sociales, costumbres y el contexto en el que ocurren. Para explicar esta relación, diversas perspectivas teóricas han aportado elementos clave, entre ellas la coexistencia con la vida silvestre, los dragones de la inacción, la hipótesis de la biofilia, la percepción de las especies y los valores ambientales. Además, la psicología ha comenzado a estudiar el tráfico de vida silvestre desde la perspectiva de la conducta de quienes participan en él, ya sea como saqueadores, traficantes o compradores. Aunque estas investigaciones avanzan en una carrera contrarreloj contra la extinción, sus hallazgos son fundamentales para impulsar estrategias de conservación, favorecer la regeneración de los ecosistemas y promover el bienestar de los demás seres vivos.

–

Cuando preguntan ¿qué hace un psicólogo ambiental?, lo que las personas normalmente piensan es:



Figura 1. *Profesional en psicología ambiental.* Imágenes elaboradas por el autor usando Google Gemini.

Aunque este dibujo parezca absurdo, en cierto sentido tiene algo de razón, pues uno de los fines de la psicología ambiental es buscar una relación armoniosa entre el ser humano y la naturaleza. Pero para que quede más claro, ¿qué hace la psicología ambiental? Para responder a esta pregunta, se explican las metodologías y las investigaciones de la psicología ambiental en relación con la conservación de la naturaleza.

Una de las investigadoras pioneras en estos temas es Susan Clayton (2007), quien realizó trabajos que explicaban por qué las personas cuidaban o dañaban el medio ambiente natural. También buscó diseñar estrategias que motivaran acciones amigables con el medio ambiente. Sus trabajos se enfocan en las conductas de reciclaje, la educación ambiental, las actitudes ambientales, y la relación entre las personas y los animales silvestres. Además, busca motivar a las personas a cuidar la biodiversidad (es decir los otros tipos de vida en el planeta), y así evitar la extinción de especies.

Otro tema de la psicología ambiental que se relaciona con la conservación de la biodiversidad es el estudio de los conflictos con la vida silvestre (felinos grandes, elefantes, serpientes, osos, jabalíes, cocodrilos, entre otros). Aquí, los investigadores (principalmente biólogos y psicólogos) intentan explicar este conflicto para entender cómo lograr una coexistencia pacífica o conflictiva entre las personas y las especies. Zimmermann (2020) explica los tipos de conflicto y los motivadores que los alimentan. Un ejemplo característico de este tipo de investigaciones es la disputa constante entre los ga-

naderos y el jaguar por los ataques al ganado.

Otras investigaciones en la psicología ambiental son la Teoría de la Biofilia. La palabra biofilia fue mencionada por primera vez por el psicólogo Erich Fromm en 1972, en su libro "Anatomía de la destructividad humana", donde la define como el amor a la vida en general (Fromm, 1972). Posteriormente, el biólogo Edward Wilson utiliza el término biofilia para explicar la relación con la naturaleza a lo largo de la evolución (Rosas-Cruz, 2021).

Actualmente, varios estudios de psicología ambiental utilizan la biofilia para explicar la relación con la naturaleza. Incluso la biofilia se ha utilizado para mejorar los ambientes construidos y promover el bienestar psicológico-mental de quienes viven en ellos (p. ej., restauración, arquitectura biofílica, recuperación hospitalaria, figura 2). En estos casos, la psicología explica cómo un ambiente biofílico puede reducir el estrés y mejorar la calidad de vida de quienes lo habitan. Estas construcciones biofílicas son más comunes en países del primer mundo, por ejemplo: centros comerciales, aeropuertos (el de Singapur), hospitales, hoteles, edificios de oficinas, espacios públicos, vías de tránsito (el segundo piso de la CDMX), departamentos y mansiones, entre muchos otros.

Hay otras investigaciones que explican cómo las personas perciben la naturaleza y las especies. Se ha investigado cómo la forma en que las personas perciben a las especies genera una reacción hacia ellas. Es decir, no es lo mismo la relación de las personas con las aves, las flores, los mamíferos pequeños

(monos, ardillas, felinos, etc.) que la reacción que tendrían ante los tiburones, las serpientes, los insectos, los cactus y muchos otros. La percepción de las especies puede motivar la conducta de querer tener una de esas especies como mascota (aves o plantas) o de matar y lastimar a otras (serpientes e insectos).



Figura 2. La teoría de la biofilia en la psicología humana. Imágenes elaboradas por el autor usando Google Gemini.

También se ha encontrado que, no es la misma la percepción hacia la vida silvestre que tienen las personas que viven en las comunidades rurales y aquellas que viven en las ciudades. Se encontró que, en las ciudades, las personas conocen muy poco sobre las especies que existen cerca de su comunidad, aun menos sobre las especies de su estado o de su país (Páramo & Galvis, 2010). Igualmente, esta percepción sesgada o equivocada de la naturaleza que los rodea o del país afecta a la forma en que las personas actúan para conservar estas especies, ya que no se puede querer conservar lo que no se conoce. Por otro lado, aquellos que dependen de esas especies para sobrevivir, como en las comunidades rurales, van a tener una motivación diferente para conservarlas.

Hay otra investigación que nos ayuda a entender qué ocurre en la mente de las personas y cómo esas ideas pueden impedir que tomen decisiones y actúen, lo cual es crucial para fre-

nar el avance del cambio climático y la pérdida de biodiversidad. Esta investigación se llama “Los dragones de la inacción”. Robert Gifford (2011) explica que estos dragones representan la incapacidad de muchas personas para afrontar los retos que el cambio climático nos plantea. Aunque muchas saben que es muy importante y necesario actuar para mitigar el cambio climático, a menudo “NO ACTÚAN”. Gifford aclara que esta inacción se debe a procesos mentales y pensamientos que limitan la capacidad de actuar como deberíamos. A continuación, te contamos sobre los “dragones de la inacción”.

1. Cognición limitada: ocurre cuando tu cerebro no se adapta a los cambios ambientales o cuando ignoras las consecuencias o las causas del problema ambiental, lo que impide tu capacidad de actuar. Puedes preguntarte: ¿Qué tanto conozco sobre la pérdida de biodiversidad? o ¿Cuáles son las consecuencias de la pérdida de especies en mi entorno?
2. Ideologías: aquí se observan las creencias que tenemos acerca de cómo debemos vivir; estas creencias las aprendimos a lo largo de nuestra vida, ya sea por costumbres familiares o por ser parte del sistema capitalista. Puedes preguntarte: ¿Quién me enseñó que tener muchas cosas me hace feliz?, ¿Quién me dijo que tener un perico o un ave en una jaula es normal?
3. Comparación con otras personas: este dragón explica nuestra necesidad de ser aceptado, y por ello hago lo que los

otros esperan de mí. Por ejemplo, tener un celular nuevo cada año o comprar una orquídea exótica para presumir. Puedes preguntarte ¿hago daño al medio ambiente por complacer a los demás?, o ¿me importa lo que piensen de mí, si no cumplo con los estándares de la moda?

4. Costos hundidos: estos son inversiones en dinero, tiempo, hábitos y costumbres que dañan el medio ambiente y que me causarían una molestia personal dejarlas. Por ejemplo: tirar la basura en la calle porque no quiero cargarla a mi casa, tener prendida la luz incluso cuando no la uso, tomarme fotos con animales exóticos en cautiverio sin regulación, etc. Puedes preguntarte: ¿Qué tanto uso el automóvil para no caminar? o ¿Qué hábitos dañan el ambiente que no quiero cambiar?
5. Discreción: aquí podemos observar la desconfianza de las personas hacia las opiniones de los científicos o del gobierno y, por ello, ignoran sus recomendaciones. Puedes preguntarte: ¿Les creo a los científicos sobre el cambio climático y la pérdida de biodiversidad? o ¿participo en las sugerencias del gobierno para cuidar el medio ambiente?
6. Riesgo percibido: el riesgo de sentir que cuando cuide el medio ambiente perderé algunas comodidades de mi vida cotidiana: el dinero, el estatus, la salud, mi estado mental, e incluso el costo de tiempo que puedo perder al

hacer cosas que no contaminen (caminar en vez de manejar). Puedes preguntarte: ¿Me da miedo que me critiquen por cuidar el ambiente?, o ¿quiero cambiar mi forma de vida para cuidar el ambiente?

- Comportamiento limitado: por último, a veces las personas pueden tener la intención de cambiar, pero sus acciones son mínimas y de poco impacto, e incluso pueden tener un efecto rebote, es decir ahorro agua dos semanas, pero un día me baño durante 30 minutos para reconfortarme (Gifford, 2011). Puedes preguntarte: ¿Mis acciones realmente impactan en la conservación del medio ambiente?, y ¿sólo finjo que soy sostenible y en realidad contaminao más?

Si analizas tus respuestas, podrás entender porque la mayoría de las personas les cuesta trabajo cuidar al medio ambiente. Gifford, explica que estas barreras pueden ser utilizadas como predictoras de cambios conductuales para el cuidado de la naturaleza, especialmente en el cambio climático (ver figura 3).



Figura 3. Los 7 dragones de la inacción climática de Robert Gifford. Imágenes elaboradas por el autor usando Google Gemini.

Hasta ahora se ha descrito cómo la psicología puede explicar las conductas que afectan al medio ambiente. Otro de los problemas en los que la psicología busca ayudar a la conservación es el tráfico de vida silvestre. Aunque aún son pocos los estudios sobre este problema. El tráfico de vida silvestre afecta al bienestar de las comunidades humanas y de otras especies, de los ecosistemas y de la salud planetaria. Aquí, en este problema, se juntan dos aspectos que la psicología ha estudiado: la conducta delictiva y la relación de los seres humanos con otras especies.

El tráfico de vida silvestre se realiza en distintos territorios y culturas, especialmente en aquellos ricos en biodiversidad o considerados megadiversos (entre ellos, México). Las investigaciones muestran distintas motivaciones de las personas que participan en el delito: ya sea por mejorar su estatus social, por necesidad alimentaria, por necesidad médica, por placer de comer, por moda, por necesidad de control (como en el caso de las mascotas exóticas), por costumbres o cosmovisiones, por ignorancia, entre muchos otros. La investigadora Naito y sus colaboradores (2023) observaron la demanda de mascotas exóticas entre consumidores estadounidenses, quienes pueden clasificarse en tres tipos de personas: quienes buscan mascotas exóticas por entretenimiento, quienes no desearían tener mascotas exóticas a menos que las motiven a tenerlas, y quienes, por motivos éticos, no participan en el delito. También encontraron que una actitud negativa hacia el comercio de mascotas exóticas predice con mayor precisión la intención de compra de alguna especie.

En otro estudio buscaron entender el tráfico de tortugas marinas en la República de Cabo Verde. Ellos encontraron que las actitudes positivas arraigadas en la cultura hacia el consumo de tortugas promueven su captura. No obstante, descubrieron que contar con regulaciones acordadas por la comunidad puede evitar el consumo de tortugas. Además, se dieron cuenta de que los hábitos pueden impedir que las personas cambien su tradición de consumir carne de tortuga, a pesar de que su consumo está prohibido (Ribeiro et al., 2022).

Travers y colaboradores (2019) encontraron en Uganda que la pobreza no siempre es la causa del tráfico de vida silvestre. Ellos observaron que las personas que participan en el delito son aquellas que tienen un alto estatus económico, que tienen algún conflicto con alguna especie, que no reciben ningún beneficio del turismo en las áreas de conservación, y que no tienen acceso al empleo.

Conclusiones

Hasta ahora, la psicología ofrece muchas maneras de entender y promover la conservación de las especies, desde la interacción directa con ellas hasta el estudio del tráfico de vida silvestre (TVS). En todo el mundo, existen numerosos estudios que buscan comprender la conducta humana que impacta en su entorno natural, siempre con la esperanza de reducir el cambio climático y proteger a todos los seres vivos. Por eso, creemos que la psicología ambiental

tiene un potencial increíble para ayudarnos a enfrentar las crisis ambientales que vivimos hoy en día.

Finalmente, también es pertinente preguntarnos: ¿Cuál es mi conducta hacia las demás especies? ¿Qué pienso de las otras especies con las que convivo? ¿Hay especies que me gusten o me disgusten? ¿Y cómo puedo actuar para disminuir el tráfico de vida silvestre? En el momento en que empezamos a ser conscientes de nuestros pensamientos y conductas que nos impulsan a dañar a las especies o a cuidarlas, podemos marcar la diferencia en su conservación si cuidamos nuestras conductas y nuestros pensamientos hacia los “otros seres vivos”. Para que los “No nacidos” puedan tener el placer de conocerlo y beneficiarse de las contribuciones que estos ofrecen. Recuerda: está en juego la extinción de la especie humana y de los demás seres vivos que no pueden defenderse de nuestras acciones.

Referencias

- Clayton, S. (2007). Domesticated nature: Motivations for gardening and perceptions of environmental impact. *Journal Of Environmental Psychology*, 27(3), 215-224. (WOS:000249948600004). <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2007.06.001>
- Fromm, E. (1972). *Anatomía de la destructividad humana* (Siglo XXI).
- Gifford, R. (2011). The dragons of inaction: Psychological barriers that limit climate change mitigation and adaptation. *American Psychologist*, 66(4), 290-302. <https://doi.org/10.1037/a0023566>

- Naito, R., Zhao, J., Naidoo, R., & Chan, K. M. A. (2023). Private and civic actions as distinct types of individual engagement for transforming the exotic pet trade. *People and Nature*, 5(5), 1526-1538. <https://doi.org/10.1002/pan3.10517>
- Páramo, P., & Galvis, C. J. (2010). Conceptualizaciones acerca de los animales en niños de la sociedad mayoritaria y de la comunidad indígena Uitoto en Colombia. *Folios*, 1(32), 111-124. <https://doi.org/10.17227/01234870.32folios111.124>
- Ribeiro, M. C., Patino-Martinez, J., Agues, J., Marçal-Correia, A., & Nuno, A. (2022). Exploring a Comprehensive Behavioural Model to Investigate Illegal Sea Turtle Trade in Cabo Verde. *Conservation and Society*, 20(4), 325-335. https://doi.org/10.4103/cs.cs_98_21
- Rosas-Cruz, C. (2021). Valores biofílicos, empatía y conservación de la selva de Uxpanapa en Veracruz, usando a la guacamaya roja (*Ara macao cyanoptera*) como especie bandera [Universidad Nacional Autónoma de México]. *Biblioteca* (tes.TES01000810830). <http://132.248.9.195/ptd2021/abril/0810830/Index.html>
- Travers, H., Archer, L. J., Mwedde, G., Roe, D., Baker, J., Plumptre, A. J., Rwetsiba, A., & Milner-Gulland, E. J. (2019). Understanding complex drivers of wildlife crime to design effective conservation interventions. *Conservation Biology*, 33(6), 1296-1306. <https://doi.org/10.1111/cobi.13330>

Sobre la autora

Luz María Crystell Rosas Cruz es psicóloga y maestra en Psicología Ambiental por la UNAM y doctorante en Ciencias en Conservación y Aprovechamiento de Recursos Naturales en el IPN. Su trabajo se centra en el estudio de las dimensiones psicológicas de la conservación de la biodiversidad y el tráfico de vida silvestre. Desde una perspectiva transdisciplinaria, investiga la relación entre las personas y los demás seres vivos para contribuir al diseño de estrategias de conservación.